



SECCION BIOGRAFICA

El Venerable Padre Anchieta



LOSANDO a un imparcial historiador de América, si alguien fuere tentado preguntarnos, a propósito de nuestra conquista y civilización allende los mares, si al acometer nuestra Nación tamaña empresa, estuvo su comportamiento a la altura del propósito, responderíamos sin vacilar que España, sí, todos los españoles, nó. Y entre los organismos de la España oficial que podríamos enumerar, hacemos honrosa cita de la Iglesia que, como aquéllos, dió a la vieja Europa lecciones de humanidad y sabiduría, con harta ligereza, incluso por nosotros, olvidadas.

Notable miembro de esa Iglesia española que, representada especialmente por dominicos, franciscanos y jesuitas, allá envió sus cristianas milicias para la revelación de los dogmas cristianos a la infeliz raza india, de la cual se constituyó en protectora decidida contra la triste frecuencia con que otros hombres manchaban a veces su reputación de esforzados guerreros y su nombre de cristianos, hollando, a impulsos de su desmedida avaricia, los fueros más sagrados de la humanidad; miembro de esa Iglesia —repetimos—fué el Venerable P. José de Anchieta, preclaro lagunero que vió la luz primera el 19 de marzo de 1533 en una casa que estaba situada en uno de los ángulos de la plaza del Adelantado, notoria y conocida, pues una lápida con inscripción latina en la nueva casa colocada, lo recuerda al transeunte que, por acaso, se aventura por aquel sosegado rincón lagunero. (1)

(1) La lápida colocada con motivo de su tercer centenario, dice:

PRÆCLARO FILIO
HAC IN DOMO NATO
V. P. JOSEPH DE ANCHIETA S. J.
APOSTOLO BRASILIENSIVM DICTO
TERTIO OBITUS SECVLO
PIETATIS ERGO
LAGUNA
V. IDVS JUNIAS
AN SAL. MDCCCXCVII

Hijo de padres profundamente piadosos, como todos los de su tiempo, el capitán Juan de Anchieta, originario de ilustre familia guipuzcoana, establecida en Tenerife a raíz o con ocasión de su conquista, y de doña Mencía Díaz de Clavijo, natural de Canaria, no es extraño que el futuro taumaturgo de Indias, se sintiese llamado de una manera especial a las prácticas devotas y religiosas en su grado más alto y austero.

Dotado, además, de grandes disposiciones para el estudio, fué, a lo que parece, enviado por sus padres a estudiar a la famosa Universidad de Coimbra de Portugal, donde atraído por el ardiente celo que desplegaba la naciente Compañía de Jesús, pidió su ingreso en ella hacia 1550 cuando sólo contaba la temprana edad de diez y siete años, pronunciando sus votos solemnes en la catedral de aquella misma ciudad, tres años más tarde. Poco después, recibió con gran alegría la orden de sus superiores de partir, en unión de seis religiosos de la Compañía, para la colonia portuguesa del Brasil, más tarde unida al cetro de Felipe II.

Instalado allá, su caridad evangélica y su ardiente celo religioso avasallaba, dijérase como Orfeo pulsando su mágica lira y entonando suavísimos versos, aquella gente indómita, feroz y bravía, convirtiendo a muchos miles de indios y realizando estupendos milagros que le valieron el sobrenombre de apóstol y taumaturgo del Brasil. Para que sus misiones fueran provechosas y poder llegar al mismo corazón del rudo indio, se dedicó, como otros tantos religiosos, con entero fruto al difícil aprendizaje de la lengua de aquellos bárbaros, cuyas almas quería conseguir para el cielo y rescatar de la barbarie, ganándolos para nuestra civilización. Fruto de sus afanes y observación, en medio de los peligros y de las preocupaciones de sus incansables misiones, fueron una «Gramática» y un «Diccionario», que tanto facilitaron el conocimiento de los dialectos indios de aquella vastísima región brasileña y que hoy constituyen un monumento filológico de gran valía. Estos servicios a la lingüística prestados también por otros religiosos pertenecientes a distintas órdenes, hacen exclamar a Julián Juderías, malogrado escritor: ¿Han reflexionado los difamadores de nuestra patria y de nuestra colonización acerca de lo que representan estas «Gramáticas», estos «Diccionarios... para el progreso de la ciencia filológica?

El talento del P. Anchieta no se circunscribió a los estudios teológicos y filológicos tan solamente, sino que fué un literato muy distinguido, como lo demuestra con su «Poema Marianum» (1), en el que su númen poético le inspiró una gran belleza de profundidad y forma en sus admirables y sentimentales páginas.

A este canario excelso, apóstol impasible de fé poderosa y extensa inspiración, le cupo la honra de ser el fundador en Piratininga del primer colegio de su Instituto, religión ésta que tan buenos y excelentes servicios habían de prestar en Nuevo Mundo, sobre todo en sus inimitables Estaciones del Paraguay.

Agobiado su cuerpo, aunque no su espíritu, por toda una vida de constante estudio, sacrificios y abnegación en beneficio de aquellos pobres indígenas, que le amaban como a su protector y le veneraban como santo viviente, falleció el 9 de junio de 1597, en Reritiba, dejando tras de sí, como dice un escritor, un rastro luminoso de santidad y de venerandos recuerdos.

(1) El Seminario Conciliar de esta Diócesis hizo una edición para ser enviado un lujoso ejemplar a León XIII, con motivo de las bodas de oro de S. S.

Tal admiración despertaron en todo el orbe católico los relevantes hechos de este virtuosísimo varón, que la Santidad de Urbano VIII dispuso en 1640 se hicieran varias informaciones acerca de la vida ejemplarísima del P. Anchieta, y en 1736, a solicitud del Reydo. P. Provincial de estas islas y del magnífico Cabildo de Tenerife, Su Santidad Clemente XIII, declaró heroicas las virtudes del eximio jesuita tinerfeño, sin que hasta la fecha haya la Iglesia decidido colocar en sus altares, como no ha sido general y piadoso deseo, este Venerable religioso, cuyo retrato se conserva, que sepamos, en dos lugares. (1) Uno en la iglesia del ex-convento de San Diego del Monte, de los alrededores de esta población, y otro en la capilla de Buen Retiro, de Güimar, antigua propiedad de la familia Delgado-Trinidad, que como la de Ossuna, enlazó con los Anchietas. (2)

Cuando el P. Anchieta cuyo prestigioso nombre perpetúa una calle de esta ciudad, fué llamado a mejor vida, los hijos de Ignacio de Loyola perdieron uno de sus hermanos más esclarecidos, la ciencia uno de sus cultivadores, los indios un protector, pero Canarias, (y acaso también América), no podrá nunca olvidar, al registrar los anales de su expansión civilizadora y cristiana por el Nuevo Mundo, el nombre del Padre José de Anchieta, una de las figuras que más honran nuestra biografía, enaltecido y brillantado aquél con la corona llena de espinas del abnegado y nunca bien ponderado sabio misionero católico, por ninguna otra confesión jamás imitado.

RAFAEL PADRÓN DE ESPINOSA.



HEMEROTECA P. MUNICIPAL
Santa Cruz de Tenerife

(1) En 1888 la Vicaría general de la Compañía de Jesús, en Roma, manifestó su deseo de ser elevada a los altares el P. Anchieta. En igual sentido se ha pronunciado esta Diócesis y aún la patriótica Real Sociedad de Amigos del País de Tenerife.

(2) Este enlace les viene por la alianza de los Saviñón con los Anchietas. También, por igual motivo, está emparentada con el Vble., la rama de Lorenzo Cáceres y Monteverde.

Observaciones importantes: Toda la correspondencia y giros a nombre del propietario de esta Revista, Fagundo, 26.

Se ruega a los señores suscriptores que hasta la fecha no hayan hecho efectivos sus adeudos, que lo hagan a la mayor brevedad, si es que desean que continuemos sirviéndoles esta Revista.
